

Filosofando

Permanecer en, para, delante del misterio de Dios Luis Armando Aguilar Sahagún

La muerte humana tiene doble rostro: por una parte para un ser vivo es lo más natural dejar de vivir; esto vale para todas las especies animales: el hombre no es la excepción. Por otra parte, el hombre vivo experimenta la muerte como signo opuesto al dinamismo de la existencia, como contra-sentido o incluso como sin-sentido. Ese doble rostro es lo que hace de la muerte un misterio. No sólo porque no es fácilmente conciliable la aceptación de ambas direcciones, sino porque el morir es morir “de alguien”, de una persona, con todo lo que eso significa: vida vivida, con su carga de experiencias de todo tipo, con todo lo que de valioso, de dureza o amargura hayamos podido vivir. Morir de alguien que, además, quizás amamos. Aceptar la vida es aceptar la muerte y habremos de morir como hayamos vivido.

No da igual vivir en referencia existencial al misterio al que llamamos Dios, que hacerlo en referencia a nosotros mismos, a los demás o a alguna causa o proyecto que consideremos valioso. Vivir en referencia al misterio otorga un “plus” de sentido a lo vivido y también un “plus” de incomprendibilidad a la propia existencia. El valor de las cosas y experiencias, su sentido, cobran otra dimensión en virtud de esa referencia.

Con la muerte, como dice el teólogo Rahner, se apagarán las estrellas de los ideales con los que hayamos tapizado el cielo de nuestra existencia. Lo que para nosotros pueda parecernos una larga vida, aparecerá como la “corta explosión” de nuestra libertad; una explosión en la que las preguntas se habrán convertido en respuesta, las posibilidades en realidad, el tiempo en eternidad, la libertad ofrecida en libertad efectuada. La muerte erige un muro silencioso de vacío como límite en el que aún, tal vez, podemos asumir nuestra verdadera esencia, que será esa libertad realizada, configurada ya en la persona que realmente hayamos llegado a ser. Porque eso es, para cada quien, la vida: el corto momento, el tiempo precario en el que lo que ha de ser será.

Lo que permanece...

¿Qué queda de lo vivido? Esta pregunta tiene que ver tanto con lo que logramos realizar para otros como con lo que logramos hacer de nosotros mismos: lo que “heredamos”, lo que dejamos y hay que dejar, y lo que llegamos a ser cuando el ángel de la muerte establece el momento de cesura radical por la que dejamos de estar “en el mundo de los vivos”.

Suele decirse que lo que “nos llevamos” es lo gozado y, por eso, nos apuramos a aprovechar (“carpe diem” decían los latinos) al máximo las oportunidades de disfrutar de la vida. Pero al acercarnos al punto final podemos sentir que llegamos “con las manos vacías”. También puede ocurrir que lo que tuvimos por valioso y digno del máximo esfuerzo, se invierte en la valoración que de ello hacemos, como ocurre a Ivan Illich en la magistral novela de Tolstoi, al punto de experimentar la desesperación de habernos engañado, quizá durante la vida entera. También ocurre que la vida puede ser truncada en su plenitud o que nuestros empeños y esfuerzos, nuestros sueños, apenas se lograron.

¿Qué es lo que permanece...?

...Del momento visionario del profeta; de la bendición otorgada al que una vez fue adversario o contrincante; del último hachazo del leñador al árbol, al que por primera vez contempla, como sugiere Buber, como un tú; de la emoción de la madre al ver al hijo de sus entrañas; de la dilucidación de la idea que de pronto da sentido a una fatigosa búsqueda por la verdad;

Del gesto agradecido del viejo que ya ha aceptado su impotencia y se deja conducir por otros; de la actitud surgida en el enfermero que, de pronto, atisba en el enfermo la demanda de devoción y reverencia; del último tripulante de una expedición exploradora que, de pronto, atisba la tierra esperada, ignota, que bendice en el silencio del gozo inexpresable; de toda reivindicación de la justicia, lograda y aplastada; de la voz silenciada del testigo de la verdad; de la luz que pone en marcha al extraviado en los callejones sin salida de la vida; de los momentos de mudez, de incomprensión, de la incomprensión que rompe un amor o desgarrar a una familia.

Del acto incondicional de opción por el bien; de la plegaria que quedó como no escuchada por nadie; del esfuerzo inadvertido de hacer algo por el otro. Del momento en que el profeta siente que su hora ha llegado; cuando se ha cumplido el tiempo.

De lo que es, de lo que ha sido; de lo vivido, de lo gozado, de lo sufrido; de la vida, que es un modo de ser, en la multiplicidad de sus formas, especies y ejemplares; de las acciones, personales y colectivas; del gesto y del esfuerzo inadvertido; de las “proezas del espíritu humano”, de las gestas heroicas con sus victorias y sus derrotas; de “toda la basura de la historia”, si haya de quedar algo: de cara a la muerte personal; de cara a la muerte de la Humanidad; de cara al Dios que ha dado el ser a todas las cosas...

Lo que queda de lo que hacemos los hombres con nuestra propia vida, personal y colectivamente, es la configuración de la propia vida (ethos), del propio modo de ser; y lo que el filósofo judío Hans Jonas llama la configuración del “hombre total”, por la trascendencia de los actos en los que se juega lo definitivo: puesto todo el ser, empeñada la vida en libertad, entregada a la buena acción que se suma a la de todos los hombres y va dando un rostro a la humanidad.

Todo puede ser un atisbo de lo que permanece. Hace falta un cierto “blick”, una cierta disposición. Y quizá tarde, en retrospectiva, descubrimos que los momentos de “felicidad” sólo son componentes, algo periféricas, de lo que puede llegar a ser el logro de una vida, o mejor dicho, de una vida en la que se haya podido amar. Porque, si “a la tarde te examinarán en el amor”, lo que permanece, verdaderamente, es el haber amado.

Para un creyente ese terrible silencio de la muerte está lleno del misterio al que llamamos Dios, de su ser luz pura, de su amor. Lo que permanece es vivido como don y, entonces, más que “conservar” o depositar, pide agradecer, como en un *nuevo poema de los dones* (Borges). Todo pasa y todo queda y si, como canta el poeta, “lo nuestro es pasar”, hay en lo nuestro, en lo vivido por gracia, el rastro de lo definitivo.

Un ejemplo: Bach en África

Albert Schweitzer (1875-1965) fue un amante apasionado de la música, gran organista y conocedor a fondo de la obra de Juan Sebastián Bach. Escribió una importante biografía sobre este músico y comentó su obra. Fue también un destacado teólogo y pastor luterano. Incursionó en el tema del “Jesús histórico”, en cuya investigación fue un pionero. Posteriormente estudió medicina y, junto con su mujer, se embarcó rumbo a Lambarené en Gabón, África. Allí instaló un dispensario médico que pronto llegó a ser leprosoario y hospital, que se mantiene hasta la fecha. Fue autor de importantes obras filosóficas, como su *Ética del respeto a la vida*. Recibió el premio Nobel de la Paz en 1952. Su motor fue el Evangelio de Jesús de Nazaret, la música y la solidaridad con el pueblo africano, con quien sentía que Alsacia, su tierra natal y Europa, tenían una deuda histórica. Puede decirse que, en Gabón, Jesucristo entró en la persona de un curandero y al ritmo de la música de Juan Sebastián Bach.

En algún lugar de Lambarené se sigue danzando una Sarabanda al ritmo de un bomgó. Schweitzer es un ejemplo de lo que permanece: de su vida y obra como teólogo, músico, médico y humanista, quedan grabaciones, libros, actos, de efectos imponderables. Detrás de su obra musical descubrimos al gran Juan Sebastián Bach, cuya obra musical permanece en el tiempo como uno de los mayores milagros del genio musical. Y en el fondo, como fuente y fondo originario, la persona y la vida de Jesús de Nazaret, cuya trascendencia histórica y supra-histórica sólo se atisba desde la fe. La vida y obra de Juan Sebastián Bach, de Albert Schweitzer, entre tantos otros, son como un comentario del inagotable significado de la “obra” realizada en Jesús. Lo que verdaderamente queda es lo verdaderamente entregado. Para un cristiano, justo como Jesús, que ante la incomprensibilidad del rechazo hasta la muerte, entregó su vida, aún después de muerto, hasta la última gota, poniendo toda su confianza en el misterio a quien él siempre se dirigió con gran familiaridad como a un padre, y que en ese momento pareció abandonarlo.